

INTERNACIONAL

Al Qaeda tiene misiles para derribar aviones en el Sahel

Informes de la UE alertan de que los terroristas disponen de armamento y capacidad para atacar aeropuertos

JOSÉ MARÍA IRUJO
Madrid

Se vende ejército armado al mejor postor. Cinco mil combatientes mauritanos, malienses y nigerianos que trabajaron como mercenarios en el Ejército del exdirigente libio Muamar el Gadafi han regresado a sus países de origen armados hasta los dientes y constituyen una grave amenaza de desestabilización en la convulsa zona del Sahel azotada por la hambruna y refugio de Al Qaeda y sus grupos asociados, según informes reservados de varios países europeos a los que ha tenido acceso EL PAÍS.

Los mercenarios cuentan con decenas de vehículos, equipos de guerra y misiles tierra-aire que han podido ser vendidos o entregados a grupos extremistas como Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI) en Malí o Boko Haram en Nigeria. El mayor riesgo se concentra en Malí, donde los informes advierten de la presencia de 1.500 excombatientes que podrían derribar aviones comerciales mediante el lanzamiento

de misiles en el aeropuerto de Bamako-Sénou durante las maniobras de despegue o aterrizaje. “Un ataque de esta naturaleza podría causar centenares de víctimas... El control de estas armas es prácticamente imposible”, advierten los documentos confidenciales.

A este riesgo se suma una inestabilidad galopante: el golpe de Estado contra el expresidente

“Un ataque así podría causar centenares de víctimas”, advierten

Amadou Toumani Touré y la rebelión de los tuaregs, que pese a ser una minoría respecto a la población total del país, han logrado la secesión de hecho proclamando en las regiones del norte (Kidal, Gao y Tombuctú) el Estado islámico independiente del Azawad frente al rechazo de la comunidad internacional.

El ejército de exmercenarios de Gadafi diseminados por Mauritania, Malí y Níger cuenta con lanzagranadas y lanzamisiles portátiles de fabricación rusa SA-7 y SA-24 o *manpads* por sus siglas en inglés (*man-portable air-defense system*) un arma que los informes definen como “extremadamente peligrosa”. El Ejército libio disponía antes de la reciente guerra civil de más de 20.000 unidades. Muchas han desaparecido.

Según informes de Naciones Unidas, la crisis de Libia ha provocado un éxodo de 270.000 personas (200.000 a Níger, 40.000 en Mauritania y 30.000 a Malí) que puede afectar a la estabilidad de una región azotada por la sequía, las crisis políticas de gobiernos fallidos y la impunidad de traficantes, contrabandistas y terroristas que campan a sus anchas por la inmensidad del desierto del Sahel.

La UE ha puesto en marcha un ambicioso plan de ayuda contraterrorista en el Sahel en el que participan cinco países (España, Bélgica, Italia, Austria y



Furia iconoclasta salafista en Tombuctú

Por “orden de Dios” se destruyen monumentos en la legendaria ciudad del desierto

JAVIER VALENZUELA

Del polvo levantado en el desierto arábigo por Muhammad Ibn Abdel Wahab en el siglo XVIII vienen los lodos de las atrocidades iconoclastas cometidas ahora en las arenas africanas de Tombuctú. En nombre de una interpretación rigorista y puritana del Corán, Abdel Wahab predicó contra el islam chií, el misticismo sufí, el culto a los santos, el uso de imágenes religiosas o profanas, las libertades de las mujeres y el consumo de alcohol. En sus campañas demolió muchos morabitos y mezquitas que consideraba paganos. Soñaba febrilmente con un mundo adusto, ascético y uniforme que reflejara la unicidad de Dios.

Así nació la Arabia Saudí contemporánea, y, gracias a sus riquezas petroleras, ese país ha sido el que ha financiado a manos llenas en los últimos lustros la extensión por el universo árabe y musulmán de ese vástago del wahabismo que hoy conocemos como salafismo.

La pasada primavera, una incierta coalición de independentistas tuareg agrupados en el Movimiento Nacional para la Liberación de Azawad (MNLA) y de islamistas salafistas del grupo Ansar al Din arrebató a la República de Malí el norte del país, incluyendo las históricas ciudades de Tombuctú y Goa, ancladas en la confluencia del Sáhara

y el río Níger. Los del MNLA querían construir allí un Estado tuareg independiente, el Azawad; los de Ansar al Din, y sus socios de Al Qaeda, un territorio regido por la lectura más fundamentalista posible de la *sharía* o ley islámica tradicional.

Un trimestre después, los salafistas se han impuesto y controlan Tombuctú y Gao, mientras

Histórico cruce de caminos, se está convirtiendo en el Afganistán del Sahel

Es obligatorio el velo y se azota a quienes se comporten de forma ‘no ortodoxa’

que los tuareg del MNLA se han desvanecido en el desierto. Las noticias procedentes de las perlas del desierto son estremecedoras: persecución de cristianos, animistas y musulmanes sufíes, azotes públicos a hombres y mujeres por comportamientos no *ortodoxos*, prohibición del alcohol y los cigarrillos, obligatoriedad del velo femenino.

Lo último ha sido la destrucción a martillazos, piochazos y hachazos de monumentos sufíes

de Tombuctú considerados heréticos por los salafistas y patrimonio de la humanidad por la Unesco. Empezaron demoliendo siete mausoleos o morabitos de ancestrales santones de la zona y luego arremetieron contra la puerta de madera labrada de la mezquita de Sidi Yahia. Una tradición de Tombuctú, anclada en el misticismo sufí y de cinco siglos de antigüedad, dice que esa puerta debe permanecer cerrada hasta el fin de los tiempos. A los de Ansar al Din eso les parece superstición pagana.

La iconoclastia de los salafistas ha recordado de inmediato las acciones de los talibanes afganos contra las dos estatuas gigantes de Buda, en Bamiyan. Tienen la misma raíz.

En febrero y marzo de 2001, meses antes del 11-S, los talibanes que entonces controlaban Afganistán causaron espanto con una campaña ordenada por el mulá Omar contra todo lo que no encajara en su árida visión del islam. Sicarios del ministerio para la Prevención del Vicio y la Promoción de la Virtud bombardearon las estatuas de Buda de Bamiyan, hicieron obligatorio el burka para todas las mujeres y la barba para todos los hombres, prohibieron la poesía, el canto, el baile, las cometas y los palomares, arrasaron el museo de Kabul e hicieron un gran auto de fe con miles de libros religiosos o seculares que declararon impíos.



EL PAÍS

Esta iconoclastia es vieja, como ha recordado Jean-Pierre Perrin en *Libération*. Un versículo del Corán exhorta a combatir las estatuas, consideradas una expresión de idolatría, y el propio Mahoma eliminó las que rodeaban la Kaaba. Seguía así el dictado del dios único del Antiguo Testamento, que ya ordenó a los hebreos terminar con los ídolos.

No obstante, el odio a las imágenes y sus aliadas la quema de libros y la destrucción de bibliotecas, no son una exclusividad del islam fundamentalista, se han dado en otros monoteísmos. De hecho, la palabra iconoclastia nació en el imperio bizantino, donde la prohibición de cualquier imagen (icono) de Je-

sús, la Virgen María y los santos fue doctrina oficial en los siglos VIII y IX. El calvinismo, en Ginebra, y su versión inglesa, la tiranía de Cromwell, también persiguieron con saña las artes plásticas y cualquier forma de diversión. Y una variante ibérica y secular llegaría en las primeras décadas del siglo XX cuando sectores del movimiento obrero la tomaron con las iglesias y las estatuas religiosas.

Cruce de caminos por naturaleza, poliedro humilde y hermoso donde árabes, bereberes y tuareg se han abrazado con los pueblos de piel más oscura, escenario secular de un islam tolerante, Tombuctú parece estar convirtiéndose ahora en la capital de un Afganistán del Sahel. Los salafistas que se han adueñado de la ciudad, escribe Adam Thiam en *Le Républicain*, un diario de Bamako, “han entrado en la segunda fase de su estrategia: la eliminación de cualquier forma de islam que sea distinta de la que ellos profesan”.

La destrucción de los siete morabitos y de la puerta de la mezquita de Sidi Yahia ha provocado una gran indignación mundial, y no ha faltado quien la equiparara a un crimen contra la humanidad. Pero a Ansar al Din eso le importa un pimiento. La agencia AP habló por teléfono con Omar Uld Hamaha, uno de sus portavoces, que dijo que ellos no reconocían la autoridad de la ONU, la Unesco, el Tribunal Penal Internacional o cualquier organismo semejante, sino tan solo la de Dios. Añadió que las tropelías que están cometiendo obedecen a “una orden divina”.